

TEORIA DE MONTERREY

El motivo fundamental de traer a la memoria el pasado de una Ciudad, no debe consistir en el sentimiento de orgullo o de vanagloria que frecuentemente impulsa a los hombres al hacer gala de su genealogía.

Más legítimo será referir el propósito al deseo de honrar la memoria de nuestros antepasados. Pero aun esta consideración no bastaría a explicar el esencial significado de este 350 aniversario de la Ciudad de Monterrey. Para mí es el fenómeno de que la Ciudad ha adquirido conciencia de sí misma, habiendo llegado a su madurez espiritual. Es decir, a un momento en que el pasado adquiere un matiz especial que lo convierte en tiempo histórico.

Ocurre en efecto, que no todo transcurso temporal es histórico. La conciencia lleva un registro particular que no coincide momento a momento con el dato cronológico. Se ha menester que ciertos acontecimientos sirvan de eminencias para que los sucesos ocurridos con anterioridad se organicen en una perspectiva visible para la mirada interior del alma.

Este singular fenómeno de reconquista del tiempo descubre el pasado y lo incorpora al lote de nuestra experiencia, como un recurso de que puede echar mano el ser vivo para sus futuras acciones. Pero sólo se opera de trecho en trecho, en la medida de ciertas modificaciones profundas que afectan a la estructura de la conciencia y provocan una variación brusca, como ocurre en las mutaciones biológicas. Son las articulaciones o módulos que permiten considerar la historia de un hombre, la de un pueblo, o la de una ciudad como organismos espirituales.

Sobre este particular no creo equivocarme al señalar la nota más significativa del 350 aniversario, en la realización de uno de esos momentos que se pueden llamar, con un poco de énfasis, épocas históricas.

Si ello es cierto, cometeríamos una deslealtad con el

espíritu de los hechos, al dejar de practicar en este día la operación de resumen y balance que requiere toda obra en que se ha concluido un capítulo y se tiene el siguiente a la vista, todavía en blanco.

Pero, antes de introducirnos por los senderos del pasado conviene hacer la observación de que la ciudad de Monterrey, no obstante la carga de tres siglos y medio de existencia, aparece juvenil, emotiva y ligera. Dan ganas de apropiarse en una variante la expresión del poeta jerezano para llamarla "joven señora."

Por lo demás, este regazo maternal no ha sido nunca un lecho suave y mullido. Con mucha exageración quizá, pero exacto en múltiples sentidos, se le podría llamar el valle de la desilusión. Aquí se desvaneció el sueño de grandeza de Luis de Carvajal. Fallaron luego las esperanzas, salvo breves espejismos, de las bonanzas mineras. La condición agreste y montaraz de los indígenas frustró la fundación de ricas haciendas campestres; y ni siquiera la ganadería quedaba a seguro de las furiosas acometidas de los nómadas. Por último, entre las avenidas de las torrentes y la frecuencia de las fiebres la ciudad vivía en inminencia de muerte. A lo largo de dos siglos y medió el resultado de la lucha con los elementos era todavía incierto.

Tal es nuestra primera edad en que se enfrentan y atacan dos formidables antagonistas, la naturaleza y el hombre. El teatro en que se desarrolla la escena tiene una impresionante majestad. Un colosal parapeto de montañas cierra el horizonte por el Sur. Desprendidas de la cordillera principal, a manera de puntas de lanza, entran al valle dos serranías, una por el camino del oriente y otra por el oeste. De los estrechos cañones que se forman en el corredor poniente de las montañas, bajan aguas a torrentes por un cauce que serpentea en la falda de las montañas. El valle sólo está abierto hacia el norte en semi-circular planicie casi desértica.

Obligados por la necesidad de tomar cerca el agua y a seguro de los ataques de los indígenas, los primeros po-

bladores se asentaron entre las cañadas, bajo una tupida vegetación, envueltos por la humedad, el calor y densas flotillas de insectos.

La ciudad estaba vuelta de espaldas al centro de gravitación de la Nueva-España. Fue un lugar de escaso tránsito, aún por los viajeros que pasaban a las fronteras más lejanas del virreynato. Estos preferían internarse por Saltillo hacia Monclova y San Antonio de Béjar. Las batidas tropas de Hidalgo soslayaron el camino a Monterrey y también Santa Ana hizo otro tanto. Quizá el primero que cruzó la ciudad en viaje directo a internarse al Centro de la República fue el ejército del invasor norteamericano.

La relativa cercanía del puerto de Tampico resultaba ineficaz, por las complicadas reglamentaciones del tráfico que rigieron el comercio marítimo de la Colonia y los riesgos de la travesía. En resumen, la ciudad quedó sitiada por el desierto, la montaña y el rigor del clima y la pobreza general de las tierras.

Con apoyo en estos antecedentes parece un complicado acertijo decifrar la prosperidad y la grandeza contemporánea de Monterrey. Pero, es que no hemos tocado el capítulo relativo al hombre y a las oportunidades que ofrece la historia de los pueblos.

La primera parte de la lucha entre la naturaleza y el hombre, parecía ganada por aquella; más sólo en apariencia. Los pobladores españoles no abandonaron jamás la tierra —después del fracaso de Carvajal— y a sus virtudes de padres y generadores de pueblos habrá que abonarles este hecho. Ciertamente que tuvieron que acomodar su condición humana a la resequedad y bravura de la tierra.

En esa mutua relación del paisaje y el hombre, tenemos la determinación histórica más arraigada de esta comarca. Aun más que el cruce de las razas, la acción de la tierra engendra el mestizaje. Y donde falta, como es el caso, la mediación humana del indígena, a través de las

especies vegetales y hasta de la montaña o el río, se verifica esa trasmutación de un pueblo antiguo en otro nuevo.

Los pobladores del Nuevo Reyno de León llegaron aquí españoles, donde se transformaron en criollos y acabaron en heredarnos una patria que es México.

La revolución de Independencia puso al descubierto esa transformación que se venía operando en cada poblado y ranchería, avasalladora y secretamente. Nada más mexicano que el rancharo de la frontera, cuyo tipo físico y psicológico quedó sellado en el siglo XIX. Se asemeja, aun que menos vistoso al charro del Bajío; la pobreza de su indumentaria se realza con la talla vigorosa y flexible del jinete; su coraje y nobleza están influídos del trato con el ganado; es sobrio como la tierra y ha acomodado su vida a los riesgos de la escaramuza con el salvaje, los bandoleros o los fiscales, que acechan el botín, asaltan la diligencia o celan el contrabando.

Al frente de esta clase de hombres ganaron celebridad Zuazua, Zaragoza, Escobedo, Quiroga. Los mismos Jefes reproducían la estampa de su tropa "rifleros de Nuevo León", y "cazadores de Galeana".

El siglo XIX, por otra parte, no habría de pasar sin que en él se consumase la segunda edad de nuestra historia. Es doloroso que el acontecimiento en que se origina esta nueva fase haya de ser la mutilación del territorio nacional por los norteamericanos. No nos quede de ello sino la triste y orgullosa satisfacción de haber pasado de golpe a servir de repecho a la honra nacional.

Es decisivo para nuestra cuenta, que desde entonces México iniciase ese cambio de órbita en donde sustituyó el eje oceánico de su vida social y económica, por otro terrestre con centro de gravitación en Washington.

No puede decirse que las cosas cambiasen de improviso; pero sí, que una vez abierta la brecha por las armas habrían de seguirlas, andando el tiempo, el ferrocarril, el comercio, las carreteras y hasta los turistas. Mientras

tanto la historia operaba sus cambios de escenario. En Estados Unidos, la guerra separatista del Norte contra el Sur. En México, la de Reforma y la Intervención Francesa.

Esta región de la frontera quedó más o menos equidistante de los campos de batalla. Intervino en ellos, no obstante; en nuestro propio territorio, con tropas y Jefes; en uno y otro lado de la contienda por el comercio y el contrabando. Hay indicios de una época de bonanza comercial entre el sexto y el séptimo decenio del siglo recién pasado, quizá en conexión con esos acontecimientos políticos y sociales. Surgen a poco tiempo las primeras industrias textiles absorbiendo a los artesanos del ramo y muy probablemente influídas en su instalación por la proximidad de la zona algodonera de Norteamérica.

El triunfo de los Estados Industriales del Norte de la Unión, en la guerra separatista, repercutió intensamente sobre el destino posterior de la ciudad. La ubicación de los centros manufactureros norteamericanos, más próxima al litoral del Atlántico y en conexión con el comercio mundial por este Océano, encontró su plano de deslizamiento hacia México por una vía ferrocarrilera en este extremo de la frontera. El enlace de Monterrey por ferrocarril con Tampico y Matamoros, Torreón y la Capital de la República cerró el circuito de su posición estratégica como nudo de las corrientes de ida y vuelta entre las dos Naciones vecinas.

Nada valen las oportunidades de la Historia si no se encuentran con hombres por cuya energía y capacidad de visión se transformen en hechos generadores de riqueza y de bienestar para un pueblo. Fortuna para México y para todos nosotros que los haya habido, como los que fueron capaces de interpretar el favor del tiempo y el lenguaje de las edades postreras.

Instalaciones industriales y establecimientos bancarios, edificación pública y privada, saneamiento de la Ciudad y dotación de agua potable, fueron las obras de fines

del diecinueve y principios del siglo XX. Con ellas respondió Monterrey a la necesidad de destacar un centinela en la raya mexicana.

Entre tanto, la Ciudad iba cobrando un aire nuevo, de mayor holgura y seguridad. Avanza hacia el Norte y se despliega para seguir los emplazamientos industriales. La casa familiar transa con la antigua huerta, a la cual aprisiona entre patios y traspatios, cerrados algunos por corredores con arcadas de pilastres gruesas y toscas. El aspecto general tiene algo de mediterráneo y andaluz. La vida provinciana se derrama con lentitud y monotonía. Se duerme la siesta y se merienda con café y tortillas de harina. Los paseos elegantes se hacen en carretela y la modesta serenata atrae a la clase media, mientras que a los bailes más rumbosos, con señoritas ataviadas a la moda de París, acude el señor Gobernador. Es nuestro siglo XIX que nos legó las primeras industrias, el Palacio de Gobierno, la red de agua y drenaje y algo más de longitudo y estatura a la Ciudad.

Nos legó además, en incipiente estado de formación, la conciencia urbana que había de florecer y está madurando a través del proceso de la Revolución mexicana, cuya positiva influencia se muestra en el número de los habitantes, ya cerca del cuarto de millón, en la estructura nacional de sus industrias, en la complejidad de sus problemas sociales y ciudadanos y, por encima de todo, en esa voz del destino que hace sentir a la Ciudad estar llamada a ejercer una alta función en la estructura social, económica y espiritual de México.

Esta tercera y última edad de Monterrey, que es la adquisición de su conciencia y del sentimiento de su responsabilidad nacional, remata en la actualidad del 350 aniversario de su fundación que hoy celebramos. Pero, antes de concluir el relato y obtener la lección de la historia, será menester referirnos a las fuentes espirituales de donde se ha nutrido la conciencia de la Ciudad.

Los más remotos y también los más próximos de es-

tos veneros han dejado en el cuerpo urbano las estructuras de los órganos con que se ha ido edificando la vida histórica. El viejo trazo de la Ciudad pone de manifiesto las más eminentes categorías del pensamiento y la existencia española: Casa del Cabildo o Consejo Municipal donde se ejerce el gobierno y policía de la Ciudad; Iglesia para la oración, frente a aquel edificio; y entreambos la nota alegre y picaresca de la plaza, que fue en otrora centro de reunión para las milicias y asiento de las ferias y que hoy facilita sus andadores al doble anillo giratorio de la serenata. El comercio ha labrado sus propios edificios y vía de tránsito en una especie de brazo o estribación que se desprende de la plaza. Hacia el norte y trás de una apretada faja de casas de hechura mediterránea, muy nuestro siglo XIX, se observan instalaciones industriales, entre una tupida y sinuosa red de viviendas obreras; vías férreas a cuya orilla se acomodan las fábricas, como si fuesen otro río; y esa anchurosa ribera que es la Avenida Francisco I. Madero, donde la población obrera pone con sus yompas azules la nota alegre y optimista del nuevo tiempo.

Algo podría decirse también del espíritu de la época con relación a las nuevas construcciones que se recuestan en el cerro del Obispado, con ahogo de esa ruina poderosa y venerable; y en otros parajes alrededor de la Ciudad. Y algo más de sitios dentro de ella, donde la vida no es amable y civilizada. Pero ya no haré referencia sino a lo que conviene al objeto de este discurso, que en esa parte concierne a la estructura espiritual de Monterrey.

A medida que ha ido creciendo en recursos, prosperidad y experiencia, la Ciudad ha ido enriqueciendo su memoria hasta el punto de iluminar con el vigor de ahora las vicisitudes y las zozobras del pasado. Surgen a su vista las denodadas figuras de los fundadores y de los primeros pobladores del Nuevo Reyno de León: Capitanes, misioneros e indígenas; la aguerrida tropa que pobló el Estado y le dejó la numerosa familia de las comunidades; los héroes de nuestra historia política y entre ellos particularmente el Padre Mier, cuyo ardor republicano ilumina

la independencia con resplandores de incendio. Aparece también Gonzalitos, esa suave figura que es en una franciscano, humanista y hombre de Ciencia; y tras de él la serie de generaciones de maestros que nos legaron el Colegio Civil, hoy la Universidad, y la Escuela Normal. La memoria de la Ciudad se halla poblada del espíritu de sus buenos gobernantes, caudillos militares y civiles, directores de empresa y de la innúmera multitud, entre todos los cuales la han ido alzando del barrizal y la choza, a la Calzada de pavimento y a la casa de cantera; del campo al taller y a la fábrica; de la lucha incierta contra el nómada, al espíritu del Derecho.

¿Qué haremos nosotros los contemporáneos, para proseguir esta obra que han hecho el tiempo y los hombres? Limitar nuestro homenaje al recuerdo y a la admiración no salda la deuda histórica, a menos que prescindiésemos de la idea de perfeccionamiento de la sociedad y del individuo. En tanto que haya Historia toda generación recibe de otra y entrega a la siguiente una tarea siempre inconclusa, a la vez que una determinada energía con que llevar a cabo la empresa propia de cada edad. Esta ley de la continuidad del esfuerzo es la base de lo que se denomina progreso humano, aunque la meta ideal se mantenga inaccesible.

Muchas generaciones antes de nosotros y otras primero que ellas, algunos hombres pensaron estar edificando una Ciudad, cuando no pasaban de darle principio. Y si al llegarnos el turno creyésemos que no hay más que hacer, sino agradecer la fortuna de haber tenido tales antepasados, en ese preciso instante estaríamos destrozando el monumento que merece su fama. Sólo se conserva en el tiempo lo que se somete a su mudanza.

A fin de darnos la plenitud de vida histórica que hoy disfrutamos, consumieron su existencia muchos hombres en el fuego de esa fuerza creadora de pueblos y ciudades, que calcina los huesos de los antepasados para abonar la entraña de la tierra en donde habrá de florecer una nueva

espiga. Edades y generaciones se han sucedido pasándose de la mano un juramento de lealtad en el propósito, como una encendida antorcha. Al llegar nuestro turno es de rigor prender más puro y más alto el fuego espiritual que edifica la Ciudad siempre inconclusa —la del cuerpo y la del espíritu. Con lo cual seremos verdaderamente fieles a la memoria de los antepasados, con un recuerdo que no envenena el alma porque desprende la vida del pasado paralítico y la empuja a la conquista de riberas inexploradas.

Hagamos, por tanto, en honor de nuestros antepasados lo que ellos nos dejaron en honra: sostener el impulso que hace rendir el fruto prometido por cada día, mientras la esperanza hila el tiempo venidero. Seamos fieles con ellos en el espíritu perpetuando, más que su nombre, la ley por la cual lo consiguieron, la de consumir el afán en una empresa que no habían de ver sus ojos y con la cual también los nuestros están alucinados: la pura y luminosa eternidad de una Ciudad perfecta.

ARMAS Y LETRAS. No. 9. Año III.
Monterrey, N. L., septiembre de 1946.